



# José Carlos Ruiz

# Una mujer educada

Toda la sabiduría del mundo  
en una novela



DESTINO

# Una mujer educada

Toda la sabiduría  
del mundo en  
una novela

José Carlos  
Ruiz

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1683

© José Carlos Ruiz, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 978-84-233-6680-4

Depósito legal: B. 23.016-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



# I

En nuestra primera conversación citó unas palabras de Oscar Wilde: «Las personas sinceras mueren antes de tiempo». Me dijo que lo sincero, según la etimología, es algo puro, sin mezclas. A la mínima que se contamina pierde su esencia.

Yo no sabía mucho de etimología, pero el modo en el que ella explicaba las cosas me gustaba. Comentó aquello mientras le subía el respaldo de la cama con una manivela. Cada giro que hacía venía acompañado de un chirrido desagradable. Se molestó:

—Para ser un hospital privado no es que sea muy moderno.

—Al menos tiene una habitación para usted sola.

—Por favor, no me trates de usted. Y lo de la habitación es una de las ventajas de contar con un seguro médico. Sin olvidar que el acompañante tiene su propia cama. Nada que ver con las butacas que os ponen en otros hospitales.

—La verdad es que son detalles que se agradecen, aunque yo me las apaño bien. Soy capaz de dormir en cualquier parte.

—Aprovecha mientras seas joven.

—No soy tan joven, tengo treinta y un años, y por lo que intuyo no nos llevamos mucho.

En ese momento se abrió la puerta. Una mujer con bata verde entró con el carrito de la comida y lo dejó a mi lado.

—Hoy toca menú degustación. Que les aproveche.

Acabó la frase y me guiñó el ojo. La escena apenas duró veinte segundos. Le dimos las gracias.

Acerqué la bandeja a la cama de Eva y cuando fui a quitar la tapadera que cubría las lentejas me dijo que podía hacerlo sola.

—Perdona, a veces me paso de servicial.

—No te preocupes, es que me resulta raro que me hagan las cosas, y más un hombre.

—No tienes que excusarte. Lo entiendo.

—Estoy deseando que me den el alta y nos vayamos a casa. Desde que llegaste tengo la sensación de que somos la comidilla del personal. Creo que soy la única paciente con un cuidador.

—Aquí ya me conocen. No se sorprenden.

—Lo sé. Te contraté porque las enfermeras me han dado buenas referencias de ti. Aunque tengo mis dudas, he visto cómo te miran.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, es solo que me resulta familiar esa manera de sonreír. La amante de Javier, mi ex, lo miraba así.

—Esa sonrisa era de pura amabilidad. Además, solo vengo por aquí cuando ingresan a mis pacientes. La mayor parte del tiempo los acompaño en sus casas.

—No pasa nada, de verdad, no me importa.

—Créeme, el último sitio donde se me ocurriría trabajar sería este.

—¿Y eso por qué?

—Estuve tres años de auxiliar en un hospital universitario y no me gustó. Todo el mundo me miraba por encima del hombro. Además, apenas tenía trato con los enfermos, que es la parte que más me llena.

—¿Te gusta cuidar a moribundos?

—Me gusta acompañarlos.

—¿Y no te deprimes?

—Todo lo contrario. Cuando saben que no hay solución dejan de preocuparse por chorradas y se centran en las cosas importantes.

—Siendo así, espero no decepcionarte.

—Nadie lo hace.

Acto seguido comenzó a comer y yo aproveché para bajar a la cafetería. Me sorprendió lo entera que estaba. La semana anterior supo que moriría antes de tiempo. Hacía un mes que perdía peso, su apetito había disminuido. No le dio importancia. Llegó a urgencias con vómitos y con un fuerte dolor abdominal. Apenas se tenía en pie. Le descubrieron cáncer de páncreas avanzado. Tenía cuarenta y tres años. Quise decirle que Oscar Wilde se equivocaba, pero me callé por prudencia. En su caso, la sinceridad sería la consecuencia de una muerte anticipada, no su causa.

Eva era la catedrática de Filosofía más joven de su universidad. Apenas tenía cuarenta años cuando aprobó la oposición. Poco después se quedó embara-

zada. A partir de ese momento, los congresos, los libros, las conferencias, el reconocimiento de los colegas... pasaron a un segundo plano. El culmen de su trayectoria universitaria coincidió con la llegada al mundo de su hija Lucía.

—Había logrado todo lo que me propuse —me dijo—. Era catedrática y madre. Me había ganado el respeto de mis compañeros y tenía toda la energía del mundo para dedicársela a mi pequeña. Fue el mejor año de mi vida.

Poco después le diagnosticaron el cáncer, estaba en fase terminal. Hablamos mucho de la muerte. Poseía una sabiduría enciclopédica, pero se lamentaba de haber puesto todas sus energías en estudiar una disciplina donde se discutía de la eutanasia y de la vida buena, pero no se decía una palabra sobre la maternidad. A pesar de todo, no se hundió. Su único desvelo se lo producía la inminente orfandad de su hija. Quería dejarle algún tipo de legado. Al principio pensó en hacerlo en vídeo, pero en los últimos años observó que el vocabulario de sus alumnos se reducía. Se quejaba de su pobreza léxica, una pobreza que achacaba al número de horas que pasaban delante de las pantallas.

Finalmente hizo un poco de todo. Me pidió permiso para grabar nuestras conversaciones con el teléfono. No me importó. Al resto de las personas no les decía nada, simplemente dejaba el móvil grabando encima de la mesa sin avisar. Otras veces se pasaba el día tecleando en el ordenador y revisando las notas que había tomado en los pequeños cuadernos Moleskine de tapa dura que siempre llevaba encima.

Por la noche hablábamos de las cosas en las que había estado trabajando. Quería una segunda opinión, aunque yo siempre tuve la impresión de que me trataba como a un alumno aventajado que asistía a su clase magistral.

Desde que supo lo de su enfermedad se dedicó a recopilar y organizar todo tipo de materiales con la intención de crear un archivo para su hija. En el tiempo que estuvimos juntos aquel proyecto llenó de sentido sus días.

De entre todas sus preocupaciones hubo una que me llamó la atención. Quería que Lucía fuera una buena persona, «no como yo», me comentó.

—No puedo ayudarte con eso —le dije—. Nunca me he considerado buena persona. Con nueve años robaba a mis compañeros de clase, esperaba cualquier despiste para meter la mano en sus mochilas y llevarme los estuches, las reglas, los rotuladores. Luego comencé a robarles los libros de texto. Les arrancaba la primera hoja, donde tenían su nombre escrito, y de ese modo nadie podría identificar si el libro era suyo. Le ahorré mucho dinero a mi madre.

—¿Y ella no se dio cuenta?

—Supongo que sí, pero nunca dijo nada. Se pasaba las tardes trabajando, era limpiadora.

—¿Y tu padre?

—Mi padre era camionero en una empresa de transporte. Se fue de casa cuando yo tenía cinco años. Nos envió una postal diciendo que se quedaba a vivir en Bruselas. Nunca más supimos de él.

—No tuvo que ser fácil.

—Al final pasó lo que tenía que pasar. Cuando



llegué a sexto comenzaron los problemas en el colegio, los partes de disciplina, las cartas de la tutora, las advertencias. Era carne de cañón. Después, en el instituto, me gané el respeto a base de puñetazos. Jugaba con ventaja. A los dieciséis años medía un metro ochenta y cinco y pesaba noventa kilos. Me tenían miedo. Al final me expulsaron. Tardé en sentar la cabeza. Me matriculé en una FP de Auxiliar de Enfermería. Esa fue mi salvación.

—No quiero que mi hija tenga que pasar por algo así.

—Dudo que tu hija pase por lo que yo pasé. Pero en el caso de que algo así le sucediese, el hecho de ser buena persona no le será de gran ayuda. La machacarán, créeme. Siendo bueno no se llega a ningún sitio.

—Te diré lo mismo que les digo a mis alumnos cuando leemos a Platón. La maldad y la ignorancia se dan la mano. No hay nada más inteligente que ser buena persona. Estoy convencida. La vida es mejor si vives bajo los parámetros de la bondad, y, para que eso ocurra, aunque suene a tópico, es importante ir por la vida con la verdad por delante. En el Evangelio de San Juan se dice: «La verdad os hará libres». No puedo estar más de acuerdo.

Todo aquel discurso me parecía un postureo intelectual, pero ella insistía. Me explicó que lo sincero no se podía adulterar, y que la sinceridad se alcanzaba por medio de la sencillez. Según me dijo, lo sencillo es simple y lo simple es más complicado de corromper.

—Todo lo que está compuesto tiene más probabilidades de corromperse. Aristóteles decía que las

cosas complejas son más fáciles de viciar. Hay que evitarlas. Y está claro que la mentira es más compleja que la verdad.

—Ya, pero no es tan fácil. La vida es compleja y mentir ayuda.

—Cierto, pero mentir es una elección. Cada vez que mientes pierdes libertad porque tienes que someterte a esa mentira si no quieres que te descubran. Te conviertes en esclavo de tu propia mentira, no te puedes librar de ella, no puedes olvidarla. Si la olvidas te delatas.

—Puede ser, aunque decir la verdad no siempre ayuda.

—Pero te libera, que no es poco. Nadie es más libre que aquel que dice la verdad.

—¿Y qué pasa si no te creen?

—Si no te creen es porque desconfían. Mi padre dice: «Piensa el ladrón que todos son de su condición», y tiene razón. Si aun diciendo la verdad no te creen, no hay mucho que puedas hacer.

—A veces es bueno desconfiar.

—No estoy de acuerdo. Se logra más confiando en los demás que desconfiando.

—Ya, pero cuando confías mucho te expones a ser traicionado, y pocas cosas sientan peor que una traición, especialmente si es de alguien cercano.

—Depende de la idea que tengas de las personas.

—¿Qué quieres decir?

—Si esperas que la gente actúe siempre de manera correcta, lo más probable es que te decepcionen.

—No me dirás que cuando tu marido te traicionó no te dolió.

—Claro que sí, es inevitable. Pero con el tiempo entiendes que la gente tiene sus debilidades. No es fácil mantenerse firme, no somos perfectos. Además, no me parece justo evaluar nueve años de relación por un hecho puntual.

Por el modo en el que me dijo aquello entendí que había perdonado a Javier, su ex.

Le dieron el alta. Las primeras noches en casa fueron tranquilas. Sus padres me habían dispuesto una habitación al final del pasillo, cerca de su dormitorio. Cuando nos conocimos les comenté que estaba terminando la carrera de Psicología por la UNED y tuvieron la deferencia de comprarme una mesa y una estantería.

—Te hemos preparado un rincón de estudio —me dijo su madre al tiempo que me enseñaba el cuarto—. Hay un juego de llaves en la entrada. He llenado el frigorífico. En el congelador tenéis comida para varios días, por si no eres de los que cocinan.

—No se preocupen. Sé cocinar. Váyanse tranquilos, yo me encargo. Recuerden que el sábado a las tres descanso y no vuelvo hasta el domingo a las seis de la tarde. Espero que no sea un problema.

—En absoluto.

Los primeros días no fueron fáciles. A veces se despertaba con ganas de vomitar. Cuando esto ocurría, esperaba tumbada hasta que se le pasaba el mareo. A continuación, se sentaba en el borde de la cama y se inclinaba muy despacio para ponerse los calcetines. Al agachar la cabeza, su cara se perdía entre una melena rizada y negra que contrastaba con lo blanquecino de su cuello. Si hacía un movi-

miento más brusco de lo habitual la espalda le lanzaba una descarga dolorosa y punzante a la altura de los riñones que la paralizaba durante unos segundos. La primera vez que le sucedió, mientras se retorció de dolor, estiró su brazo hacia mí indicándome que me detuviese. No quería que la ayudara. Me quedé quieto observándola. Me pareció un gesto muy digno.

Cuando todo se calmaba, antes de dar el primer paso, se ponía de pie, estiraba los brazos hacia arriba, miraba al techo, inspiraba con fuerza y bajaba expulsando el aire hasta lograr agarrarse los tobillos.

—Tienes una gran flexibilidad.

—Son mis clases de pilates. Las echo de menos. Siempre he sido muy elástica.

—No descartes volver a hacer pilates.

—No seas condescendiente —me dijo sonriendo—, no quiero dar lástima ni que me vendas quimeras. No las necesito.

—No son quimeras. La quimio te calmará los dolores. Te bajará la inflamación. No tardarás mucho en sentirte aliviada y con el tratamiento que te han puesto estarás mejor. Te sorprendería ver de lo que la gente es capaz en tu situación.

Le conté que había tenido pacientes que aprovecharon el tiempo que les quedaba para cumplir deseos que tenían pendientes, como hacer un crucero por los fiordos o ver un partido del Real Madrid en el Bernabéu. Los había incluso que se incorporaban durante unas semanas al trabajo.

—Es difícil de creer —me dijo mientras volvía a estirar los brazos hacia el techo.

—Es normal. Pero ya verás como mejoras.

Cada día repetía ese ejercicio varias veces. La relajaba. Después, desenrollaba la esterilla y se sentaba en la postura de medio loto tratando de meditar. Apenas duraba unos minutos, no lograba concentrarse. Unas veces se acordaba de su hija Lucía, una niña preciosa de quince meses que, desde el diagnóstico de cáncer, vivía con los abuelos. No podía evitar sentirse culpable. Dejarla con sus padres fue una decisión difícil que tomó después de perder el conocimiento durante unos minutos mientras la pequeña estaba jugando en su parque. Aquello la asustó. Lo habló con Javier, su exmarido, y acordaron que Lucía se quedara con los padres de Eva por un tiempo, a la espera de ver cómo funcionaba el tratamiento. Por suerte vivían cerca aunque eso no evitaba que Eva se agobiase al pensar que la pequeña se atragantase y que sus padres no supieran hacerle la maniobra Heimlich para bebés. Ella había practicado aquella maniobra cientos de veces durante los cursos prenatales. Se obsesionó con ese tema cuando la monitora le dijo que el 21 por ciento de los casos de mortalidad infantil eran provocados por atragantamientos.

Otras veces, mientras trataba de escuchar su respiración, se flagelaba recordando la última conversación con su oncóloga. No le importó que yo estuviese presente. No avisó a sus padres, no quería alarmarlos. Después de oír el diagnóstico supo que no había nada que hacer.

—¿Cuánto tiempo me queda?

—Es complicado saberlo.

—Me basta una idea aproximada.

—He tenido pacientes en fase IV que han superado el año y medio.

—Sí, pero en qué condiciones. No quiero morir-me agonizando en una cama sin poder moverme.

—De momento no parece que el cáncer haya comprimido ningún nervio que afecte a la movilidad. Pero todo depende de cómo evolucione. Tu fatiga es normal, te he recetado algunos complementos. Dentro de un par de días estarás mejor.

—Me dijo que había metástasis en más órganos.

—Tienes afectado el hígado y el peritoneo, pero el problema no son los órganos, el problema son tus cuarenta y tres años. A esa edad el cáncer se reproduce a una velocidad vertiginosa.

—Tengo una hija pequeña y estoy divorciada, necesito saber de cuánto tiempo dispongo para dejarlo todo preparado.

—Depende de la evolución.

—¿Y cuál es el siguiente paso?

—Paliativos.

En ese momento se derrumbó. Fue la primera vez que la vi llorar. Tragó saliva, miró a la doctora y le dio las gracias. Sacó un pañuelo del bolso, se secó las lágrimas y se recompuso.

En el trayecto de vuelta nos paramos en casa de sus padres, quería pasar la tarde con Lucía. Estuvo jugando con la pequeña hasta que se quedó dormida. Llegamos a casa de noche. Ella se marchó a su dormitorio y yo me fui a la cocina para hacer la cena. Poco después apareció en pijama, tenía los ojos húmedos, necesitaba desahogarse.

—¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Cómo lo llevaron tus otros pacientes?

—Cada uno a su manera. Para esto no hay recetas.

—Es que estoy muerta de miedo. Me he bloqueado.

—A veces pasa. Sobre todo, al principio. Cuesta asimilarlo.

—No creo que algo así se pueda asimilar. Es la primera vez en mi vida que me bloqueo. Por alguna razón estúpida, siempre pensé que estudiar filosofía me sería útil para momentos como este, pero estoy paralizada.

—Tienes que darte tiempo.

—No sé qué decirte. Me siento impotente.

—Se te pasará. Además, estoy seguro de que si haces memoria encontrarás a algún filósofo que te pueda servir.

—Claro, puedo hacer como el filósofo Guy Debord, que cuando supo de su enfermedad mortal se suicidó. O como Gilles Deleuze, que, a los setenta años, desesperado porque no podía respirar, saltó de la ventana de su piso en París y murió poco después.

—No me refería a eso.

—Lo sé. Es solo que ahora me parece que toda esa sabiduría no vale nada.

—No sabría decirte. Apenas te conozco, pero me pareces una mujer educada. Eres cordial con todo el mundo. Igual no te das cuenta, pero tu modo de hablar, las palabras que usas, la manera en la que te diriges a la gente... son muy singulares. Dices cosas interesantes, como aquello que me contaste sobre la

etimología de la palabra *sincero*. Creo que la filosofía tiene mucho que ver en eso.

—Más bien me paso de cordial. Javier no paraba de repetírmelo. Se irritaba si me detenía un minuto a hablar con el camarero cuando nos traía la cuenta. Decía que le daba coba a cualquiera. Pero no te engañes. Esa cordialidad que ves en mí no es natural, y tampoco tiene que ver con la filosofía. Siempre quiero agradar. Incluso si la persona me parece insulsa o poco relevante. A veces simulo estar atenta, pero la verdad es que casi nada de lo que dice la gente me interesa.

—¿Y no te cansa tener que forzar esa cordialidad?

—Me agota. Me encantaría que no me costase trabajo. Ojalá me saliera de manera natural. Me ahorraría el desgaste. Pero soy incapaz. Tengo miedo de que algún día necesite un favor y me digan que no. Creo que por eso trato de ser amable con todo el mundo. Por eso, y porque no quiero que piensen mal de mí.

A partir de aquella confesión, cada vez que, de manera forzada, se mostraba amable y educada con alguien, me lanzaba una mirada de complicidad. Nunca entendí por qué seguía haciéndolo, especialmente en su situación. No tenía nada que demostrar. No necesitaba favores.

Me puse con los preparativos de la cena. Eva cogió un bastón de zanahoria, lo mojó en el humus y se fue al despacho. Minutos después trajo varios folios en los que había estado trabajando y los puso encima de la mesa de la cocina.



—Antes de morir quiero publicar mi último libro. Me encantaría que lo leyese.

—Pero no tengo ni idea de filosofía. Lo más parecido que he leído son los apuntes de Antropología del curso pasado y algunos filósofos que estudié en primero de carrera, en la asignatura de Historia de la Psicología.

—De eso se trata, necesito una mirada virgen que me diga si el nivel de lo que escribo es comprensible. Me he pasado la vida publicando artículos académicos y libros técnicos que apenas han leído un puñado de especialistas. Me gustaría, al menos por una vez, escribir un ensayo accesible, algo que mi hija pueda leer.

—En ese caso, cuenta con ello. ¿Y de qué trata el libro?

—Es una especie de guía para la vida. He seleccionado varios temas que me parecen importantes y quiero analizarlos con una mirada filosófica.

—Suen a autoayuda.

—Es que la autoayuda ha robado a la filosofía sus mejores ideas y las ha prostituido.

—¿Y cómo lo vas a titular?

—Se titulará *Cartas a Lucía: epístolas morales para Lucía*.

—Es un título horroroso. No tiene mucho *punch*.

—No me importa. Es un homenaje a Séneca. Su mejor obra la tituló *Cartas a Lucilio*, o, más bien, *Epístolas morales a Lucilio*. La escribió poco antes de morir. Son un conjunto de cartas donde ofrece a su discípulo Lucilio lo mejor de su pensamiento mezclado con su experiencia vital. Es un libro maravillo-

so. No conozco un manual mejor para conducirse por la vida.

—Para alguien como yo, que nunca ha leído filosofía, ¿lo recomendarías?

—Sin duda. Y no solo por el contenido, sino también por el estilo. Está escrito de una manera sencilla y elegante. No necesitas saber filosofía para comprenderlo. Mi objetivo es hacer algo parecido.

Terminamos de cenar y se ofreció a recoger la cocina a cambio de que yo me leyese el primer capítulo de su libro. Eran cinco páginas. Me fui a mi dormitorio y me puse manos a la obra.